



Iglesia de San Antonio de Padua.—Dibujo de Therond, sacado de una fotografía.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 18

cia, artista del siglo XV, quien, igualmente que Mantegna, fué discípulo de Squarcione; estos embutidos no solamente son notables ejemplos de un arte cultivado con éxito en Italia por aquella época, sino obras de un estilo grande.

A los lados de la nave principal se hallan colocados bustos y monumentos funerarios, de los que algunos son buenas obras de escultura. El mas encomiado es el sepulcro de Contarini, cuyo dibujo se atribuye á San-Micheli, pero nos parece mas rico que verdaderamente hermoso.

LOS NUEVOS ORGANOS DE LA CIENCIA. En proporcion que se aumentan las relaciones de los pueblos, la ciencia gana al mismo tiempo en verdad y en profundidad. La creacion de nuevos órganos, porque así pueden llamarse los instrumentos de observacion, aumenta la fuerza intelectual y frecuentemente tambien la fuerza física del hombre. Mas rápida que la luz, la corriente eléctrica en circuito cerrado lleva el pensamiento y la voluntad á los paises mas remotos. Llegará dia en que fuerzas que se ejercen tranquilamente en la naturaleza elemental, como en las delicadas celdillas del tejido orgánico, sin que nuestros sentidos hayan podido descubrirlas todavía, reconocidas al fin, aprovechadas y llevadas á altísimo grado de actividad, ocuparán puesto en la infinita série de medios, por los cuales, haciéndonos dueños de cada dominio particular en el imperio de la naturaleza, nos elevamos á un conocimiento mas animado y mas inteligente del conjunto del mundo.

HUMBOLDT, *Cosmos*.

CONSECUENCIAS DE UN CAPRICHIO.

(Conclusion).

III.

Nada menos que algunos años pasaron antes que Peñalonga tornase á Nápoles despues de haber recorrido los principales estados en que se hallaba dividida la península italiana, comisionado por el gobierno español de varias negociaciones diplomáticas, para las cuales manifestaba notable travesura. Durante este tiempo la posicion de Guñara habia mejorado en gran manera. A fuerza de sumision, paciencia y disimulo (consecuencia natural de la esclavitud del cuerpo é independencia á que el alma aspira siempre por su origen divino) habia logrado captarse la voluntad de Caracciolo, en términos que, á pesar de lo elevado del rango de éste, sin los antecedentes poco favorables de la extranjera hubiera pasado á legítima consorte del atollado que en una noche de fatal memoria la cambió por unos cuantos puñados de oro. Pero si las consideraciones sociales estorbaron al marqués darla el título de esposa, no fueron bastante á impedir reinase sin rival como señora de su voluntad, en términos que personas graves y del mayor respeto, usando la conveniente reserva, se creyeron obligadas á manifestarle las muchas hablillas que su incli-

nacion á la seductora mahometana estaba produciendo entre la gente vulgar, siempre dispuesta en todas épocas, como lo prueba el suceso de la cola del perro de Alcibíades, á ocuparse con preferencia en lo que menos la importa, por mas que entre ella se cuenten sugetos muy condecorados. Oyólos á todos con atencion reposada y á vuelta de meditar sus razones, dedujo de ellas era necesario procediese con mas cautela, pues en cuanto á renunciar á la agradable amistad de aquella su esclava con cadenas de oro, así pensaba en ello como por los cerros de Ubeda. Para esto dispuso trasladarla á una risueña y escondida quinta ó vila (que así nombran en la campiña romana y en mucha parte del reino de Nápoles á las casas de recreo) que poseía en la falda del Vesubio, donde mandase como dueña, y en la que lejos de testigos importunos pudiese él abandonar sin reserva á su dominante aficion cuando bien le placiese, desvaneciéndose así con el apartamiento de la piedra de escándalo los rumores injuriosos á sus buenas costumbres.

En esto aconteció el regreso de Peñalonga, que tan cuidadoso por reanudar la intimidad con sus compañeros de desórdenes como olvidadizo con respecto á la fé comprometida, ni una palabra preguntó al marqués acerca de la hija de Hussein, á pesar de ser aquel uno de sus predilectos amigos, si bien creemos habria mas estudiado disimulo que falta de memoria en su conducta, anhelante de ahogar dentro del pecho acusadores recuerdos, no calculando que las fuertes alabadas de su corazon, agitado por tanta villanía habian de resonar mas alto á medida que el silencio fuese mas profundo. Sea como fuere, llegó un dia que paseando por la famosa calle de Toledo acercóse á él Caracciolo y sin entrar en preámbulos de ninguna especie le dijo:

—Gracias al diablo que te encuentro al cabo de largo rato que te ando buscando, comisionado por Guñara de convidarte á cenar esta noche en su quinta del Vesubio: ella es caprichosa, ha tomado con empeño celebrar el aniversario del dia en que pasó á mi poder, y hubiese sentido no complacerla.

—¡Por Dios que me sorprendes con esa inesperada invitacion! asistiré puntual, aunque no sea mas que por lo peregrino de la ocurrencia! ¿Y Guñara espontáneamente se ha acordado de mí?

—Con grande interés.

—¡Oh sirena engañosa, comprendo tus intenciones! pensará tal vez ¡cuidada! darme enojos con su próspera fortuna, haciéndome caer á sus piés celoso y arrepentido de lo que llamará culpable ingratitud. ¡Necia esperanza, pronto será desvanecida con mi desden! ¿V ha causado el tiempo muchos estragos en su belleza? ¿Qué tal se mantiene?

—Hermosa como siempre; te aseguro que celebrarás volver á verla, y sobre todo á un travieso niño que, respetando los incuestionables derechos que sobre él tienes, segun revelan los marcados rasgos de su fisonomía, estoy pronto á cederte, aun con perjuicio de mis intereses.

—No tengo ninguna curiosidad de conocer á ese tierno vástago.

—¿Con que así has olvidado la aficion que un dia cambió tu servidumbre en feliz bienandanza?

—Marqués, amor pasado guiso trasnochado. ¿Dónde hemos de reunirnos para acudir á la cita?

—Al anochecer, solos y á caballo en Villa-Reale.

Como á tres leguas de la ciudad se encontraba situada la

quinta donde ambos cómplices se prometían pasar una noche deliciosa. El camino era agradable, la temperatura suave en aquella hora, pues corría lo fuerte de la canícula, así es que llegaron á mesa puesta sin contratiempo alguno ni advertir cosa que pudiese turbar la completa seguridad que disfrutaban. Tampoco en el rato dedicado al descanso antes de dar comienzo al pequeño festín dispuesto para cuatro personas que tanto se debían admirar de encontrarse juntas, ocurrió nada que merezca referirse. Gulnara desde un principio hizo los honores de la casa con desembarazo é indiferencia, manifestándose amable en sumo grado, sin advertir al parecer, la cortesía afectada é incisiva que Peñalonga usaba con ella: Caracciolo era el libertino de siempre, desatento y hablador, sin parar mientes en el daño que pudieran causar sus palabras, mientras el niño, asaz mal educado, aturdió á todos con sus gritos, sin dejar mueble en su sitio ni escritorio ó aparador que no revolviere.

Al anuncio de hallarse servida la mesa dió la mano don Luis á la obsequiosa dama, que conduciendo á su hijo se puso en marcha, y seguidos del marqués pasaron al comedor donde la vista de los excelentes manjares, digno producto de la buena cocina italiana, acabó de restablecer la cordial inteligencia entre los comensales.

Cuando el banquete fué terminado, á una seña de Gulnara se retiraron los criados y levantándose ella, cerró la puerta por su mano asomándose á una ventana donde momentáneamente disfrutó del fresco ambiente de la noche, verificado lo cual volvió á tomar asiento diciendo al mismo tiempo á los dos caballeros entre quienes se hallaba:

—En el instante de celebrar nuestras mútuas relaciones, ningún extraño debe escuchar las palabras que puedan ocurrirnos con este motivo. Yo, tan favorecida al presente por la fortuna, quiero ser vuestra copera, excitándoos con mi ejemplo á brindar alegres en honor de la amistad que nos une.

Y cogiendo un pequeño frasco que ante sí tenía lleno de *lacrime Chrysti*, entonces aun mas estimado que ahora, vertió su contenido en la copa de cada uno.

—¡Cuerpo de Baco! prorumpió Caracciolo, tus palabras son mas suaves, mi bellísima sultana, que el néctar esquisito que me ofrecen esas manos de alabastro. ¡Gloria á la reina del festín que tan placentera noche nos proporciona! continuó llevando á sus labios el aromático vino y apurándole hasta la última gota.

Gulnara y su hijo imitaron el ejemplo del marqués, solo don Luis dejó de hacerlo ocupado con el examen de un magnífico salero de plata, pues era entusiasta por las bellas artes, obra de aquella escuela de famosos cinceladores florentinos del siglo XVI á la que dió tanto renombre la prodigiosa habilidad de Benvenuto Cellini: el niño fué quien primero notó la distracción de Peñalonga, y siempre bullicioso y agitado, al querer apoderarse del objeto que veía contemplar con tal detenimiento, derribó al copa del hidalgo derramándose el licor sobre los manteles.

Un grito espantoso y desgarrador se oyó dar á la musulmana al advertir suceso tan sencillo en apariencia, y rápida como el áspid oprimido se arrojó sobre su antiguo amante, armada de un cuchillo que arrebató con mano convulsiva exclamando al mismo tiempo:

—¡Infame! ¿quedarás tú solo con vida? no, no ha de valerte el mal genio con quien sin duda tienes hecho pacto.

Tan impensado fué el movimiento que nadie pudo pre-

venirle ni evitar que el ácerico homicida desgarrando la ropilla del sorprendido caballero abriese en su pecho largo surco, aunque por acaso nada profundo.

Vueltos algun tanto en sí de la primera sorpresa entrambos amigos dirigieron sus esfuerzos á contener los violentos arrebatos de Gulnara, que á semejanza de una leona irritada daba rugidos espantosos pugnando por reiterar sus acometidas. Por fin á costa de largo rato de lucha, la débil mujer, pasado el vértigo que constituía su fuerza, vino á caer sobre un sitial falta de aliento, cediendo á la reacción consiguiente, postrada, cadavérica, pero amenazante aun para los que tanto la habían ofendido, diciendo á don Luis con voz entrecortada por la fatiga:

—A pesar de todo, no saldrás de aquí. Despues de presenciar la agonía de tu cómplice, esposa é hijo, estás condenado á morir de hambre y desesperación á la vista de nuestros cadáveres.

—¿Pero qué locura se ha apoderado de esta infeliz? ¿Qué dice? exclamó Caracciolo espantado.

—Digo que estamos envenenados sin remedio, y digo también que riais ahora como reiais hace años cierta noche en que yo en el colmo de la aflicción os suplicaba no arrojáseis sobre mí el último oprobio que puede caer sobre la frente de una mujer.

—¡La llave, la llave de este postigo! gritaba Peñalonga sacudiéndola el brazo.

—Búscala en la cisterna donde la arrojé por la ventana.

—¡Socorro, socorro! clamaba á grandes voces el marqués asomado á una de las rejas.

—No te canses, decía la musulmana con terrible calma, está previsto ese caso; los barrotes son gruesos, bien remachados, y á todos los dependientes de la quinta he dado permiso para que marchen á Nápoles y no vuelvan hasta recibir aviso mío.

Don Luis en tanto procuraba violentar la cerradura con su daga.

—¡Inútil empeño! advirtió Gulnara, la puerta se halla construida con dobles hojas de madera fortalecidas con planchas de hierro colocadas entre ellas: primero conseguirás derribar los muros del castillo del Huevo que salir de esta habitación.

En esto reparó en el niño que sentado sobre la alfombra lloraba amargamente.

—Ven á mis brazos, hijo mío, concebido en el crimen y nacido en el deshonor, prorumpió dando paso á las lágrimas; tu desventurada madre te da muerte por su mano. ¿No es verdad que en este horrible sacrificio es mas digna de lástima la sin ventura que le ofrece que la inocente víctima ofrecida en holocausto en aras de su propia conveniencia? ¡Ah! ¡Duerme para siempre, amor mío, y no sufras la dura esclavitud que un hombre sin entrañas te había concedido en patrimonio!

Y al mismo tiempo lo acomodaba sobre la falda estrechándole en su regazo cual pudiera hacerlo los primeros días de su nacimiento, al paso que le mecía compasadamente entonando una canción lúgubre é ininteligible.

—Dame un beso, alma mía, continuó, ¿es verdad que me perdonas? Responde á mi ruego: mira que tu madre ha agotado hasta lo sumo cuantas amarguras puede ofrecer el infortunio, y su último deseo solo está cifrado en obtener de tí un poco de cariño. ¿Te sonries? ¡Pero no!... son las primeras convulsiones.... su cabeza pesa como el plomo....

sus pupilas se dilatan..... No hay duda, sí: la muerte ha comenzado su tarea. ¡Qué horrible situación! Dios mío!

Así dijo, y colocando al niño sobre un canapé corrió enloquecida, cubriéndose el rostro con las manos, hasta el otro extremo de la estancia donde quedó inmóvil apoyada la frente contra la pared.

En efecto, la sustancia venenosa distribuida en el torrente de la circulación empezó luego á producir los horribles síntomas comunes á los envenenamientos causados por los tósigos narcótico-acres en los tres infortunados que habían bebido el emponzoñado licor.

Caracciolo se revolcaba dando agudos aullidos presa de horribles convulsiones, alternadas con accesos de modorra que solo cesaban para dar lugar á mas fuertes ataques epilépticos, mientras Gulnara contraída en un rincón de la sala, apoyada la barba sobre las rodillas, sufría con valor los atroces dolores que la despedazaban las entrañas, sin dar mas señales de padecimiento que tal cual inarticulada queja.

El desgraciado niño, único inocente entre los actores de aquella escena, espiró al cabo de un profundo letargo á costa de algunos ligeros sacudimientos.

En tanto Peñalonga bañado en sudor, desgarrado el vestido y ensangrentadas las manos, no cesaba un punto en su inútil empeño de abrirse una salida que le pusiese á salvo de la angustiosa muerte que le esperaba y lejos del espectáculo que á la vista tenía. ¡Vano deseo! Sucesivamente había visto quebrarse contra los hierros de las ventanas y entre el fuerte ensamblaje de la puerta todos los útiles que pudo proporcionarse y creyó conveniente usar como herramientas adaptadas al caso. El valor le abandonaba con las fuerzas. La terrible inscripción que pone Dante sobre la entrada del infierno: *Aquí no hay esperanza*, se pintó en su acalorada mente con caracteres de fuego, al pararse jadeante é indeciso en medio de la sala contemplando los inanimados cuerpos de sus compañeros de orgía. Mas de pronto un rayo de satisfacción anima su fisonomía, ha concebido una idea diabólica y lanzando horribles imprecaciones comienza á ponerla por obra. Para esto amontona junto al postigo gran porción de los muebles, que escoge con ansia febril, y apenas ve hacinado número suficiente, corre á la mesa de donde toma las bujías encendidas, con las que aplica fuego al depósito de materias combustibles. Pronto la llama empieza á serpentear entre ellas rodeándolas con mil caprichosas espirales, abarcándolo todo con sus ardientes alas, clavando por fin su diente agudo y penetrante en el fuerte embotado de la puerta, cuyos leños crujen, se retuercen y caen por último como vencidos por las abrasadoras columnas que los desecan con su enrojecido aliento, arrastrando consigo las planchas de metal que los fortalecían, faltos sus clavos de la madera en que se cebaban. Don Luis por su parte armado con uno de los piés que había arrancado de la mesa y manejándole ya como potente ariete, ya á modo de palanca, completa la obra de destrucción consiguiendo á poco abrir suficiente salida, por la que penetra inmediatamente, no sin sufrir considerables quemaduras, dirigiéndose á la cuadra, donde ensillando apresurado uno de los caballos, monta sobre él y favorecido por la luz del nuevo día toma el primer camino que se ofreció á su vista sin otro deseo que alejarse de la casa maldita que dejaba entregada al incendio.

Largo tiempo fatigó los ijares de su cabalgadura atravesando la distancia á semejanza del ángel exterminador, descubierta la cabeza, ennegrecido el semblante, chamus-

cado el vestido y sobrecogiéndolo con su torbo aspecto á los aldeanos que al paso encontraba, hasta que llegado á los frondosos alrededores de Castellamare, el cansancio dió lugar á la reflexión haciendo conocer al fugitivo todo lo crítico de las circunstancias en que se encontraba.

No podía ofrecerse á la vista campiña y hora mas adecuados para infundir ideas de calma y tranquilidad: el sol trasponiendo los Apeninos doraba con suaves tintas las colinas mas elevadas del risueño paisaje: un ambiente fresco y suavisimo difundía por doquier las balsámicas emanaciones que la pródiga naturaleza ofrece en abundancia en los felices campos por ella favorecidos, al paso que los copudos árboles formando misteriosas bóvedas con sus entrelazadas ramas parecían convidar al espíritu atribulado á la meditación y al consuelo.

Serenado algun tanto Peñalonga, imaginando estaba donde pudiera hallar sitio en que reponerse del desorden en que se veía, para luego con mas espacio tomar acuerdo que enmendase sus pasados errores, cuando á corta distancia de sí oyó claramente el sonido de una campana que tocaba al Ave-Maria. A despecho de la repulsion instintiva que le ocasionaban todos los lugares destinados al culto divino, no estaba en situación de escoger albergue á su gusto, mucho mas que su corazón le dictaba no sería posible acudir á otro asilo del cual no fuese arrojado en el momento que fuera conocida su criminal conducta, consideraciones que le obligaron á enderezar los pasos hacia el paraje de donde venia el tañido, descubriendo á poco una casa de la Compañía de Jesus. Atando el caballo á un árbol fué á llamar á la puerta en solicitud de auxilio, mas el temor detuvo su mano al tirar del cordón que á la parte de afuera colgaba. ¿Cómo él, apóstata, perjuró, parricida, estafador y engañoso iria á turbar con el ruido de sus crímenes el pacífico sosiego que se respiraba en aquella santa mansión? No era posible: la sentencia de Cain pesaba sobre su frente y vagabundo y fugitivo como éste arrastraría la vida huyendo de toda criatura humana en compañía de las bestias feroces, si acaso á fuer de irracionales no le rechazaban. Agobiado por tales reflexiones dejó caer sobre un banco de piedra inundadas las mejillas de abundante lloro; mas aquellas lágrimas, aunque primer síntoma de arrepentimiento, estaban muy lejos de ser el bálsamo precioso ofrecido al Eterno por un pecador contrito, que refrigerara el alma disponiéndola á la esperanza, sino llanto producido á consecuencia del despecho, que cae sobre el corazón cual plomo derretido abrasándole y ahogando al mismo tiempo el manantial de la existencia.

Empero se hallaba decretado que la oveja descarriada volvería á entrar en el redil: la Providencia en sus altos juicios, tuvo piedad de tan profunda pena y mandó á la religion en su socorro, único eficaz en los grandes infortunios.

Dos padres de la Compañía tornaban de un pueblo cercano donde pasaron la noche anterior á la cabecera de un moribundo, y al atravesar por delante de Peñalonga llamó su atención el ademán de éste, fija la vista en el suelo, fruncido el ceño y sumido en agitada cavilación. Su talante, su aspecto, las manchas de sangre que salpicaban su vestido, no permitían dudar había escapado de algun gran peligro y atormentaba su mente el proyecto de una venganza ó quizá los remordimientos. Aun sin esta fundada sospecha bastaba contemplasen en aquel hombre un necesitado de ayuda, para que los eclesiásticos se apresuraran á ofrecerle los auxilios convenientes; así que sin de-

tenerse un punto acercóse uno de ellos diciendo con dulzura:

—Me parece, caballero, que ocupan vuestro pensamiento graves cuidados y molestas inquietudes; si son de tal naturaleza que puedan ser aliviadas por la caridad cristiana acompañada del afecto mas sincero que una amistad leal puede proporcionar, entrad en esta casa, donde os ofrezco en nombre de cuantos en ella habitan, consuelo para el alma y descanso en la fatiga que segun veo tanto os agobia.

Distraido de improviso don Luis alzó la vista hacia quien le dirigia tan halagüeñas palabras y al contemplar el respetable traje de sus favorecedores, prorumpió abriendo los espantados ojos y lanzando miradas de asombro:

—¡Ir con vosotros! no, no; retiráos, santo varon: las gentes honradas no pueden acogérme; solo el verdugo debe ser mi compañero y un público cadalso mi hospedaje. ¿Si supiéseis quien soy? pero yo os lo diré para que huyais: soy un renegado, un parricida, un asesino maldito de Dios y de los hombres, condenado por toda la eternidad.

—No blasfemeis, replicó sin alterarse el sacerdote mas anciano, la insistencia en el error que os hace pronunciar palabras tan impías es el mayor delito que podríais cometer; solo está condenado el que desespera de la misericordia divina. Nosotros vemos en vos un hermano nuestro que padece, y no otra cosa; si sois desgraciado os consolaremos; si sois criminal y estais arrepentido, os alcanzaremos el perdon, y si quereis guardar el secreto de vuestra vida, sea en buen hora, nada se os preguntará; mas no traéis de impedir que os demos ayuda en vuestro dolor: porque tendríamos gran sentimiento si habiendo descubierto un hombre abandonado del mundo no le hubiésemos recogido.

—¿Será cierto, padre, que no desecharéis al mayor pecador del universo?

—Nadie, hijo mio, puede alabarse ante el Todopoderoso, de ser mas justo que su hermano. Sean vuestros delitos los que fueren, si cualquiera de nosotros se hubiese hallado en las circunstancias que os habrán arrastrado á cometerlos, quizá su proceder hubiera sido mas perverso, y sin duda el Señor en su bondad infinita, atendiendo á razones para nosotros desconocidas, ha permitido llegueis á la puerta de su santo templo, donde con una saludable penitencia quedeis absuelto de una vida entera de fatales extravíos.

La emocion ahogaba á Peñalonga; un cambio completo se verificó en él, hasta el punto de arrojarle humillado y contrito á los piés del sacerdote esclamando de lo intimo de su corazon:

—Piedad, padre; implorad en mi nombre el perdon que yo no me juzgo digno de solicitar.

—Valor; no hay victoria sin lucha, humilla tus malas pasiones, que nosotros rogaremos por tí.

Tan violentos contrastes habian debilitado á don Luis, de manera que solamente ayudado por sus bienhechores pudo levantarse y penetrar en la hospederia. Allí permaneció algunos dias dando tregua á su dolor, merced á los saludables consuelos proporcionados á su espiritu por hombres de saber y gran práctica en las tempestades del corazon, hasta que tuvo que trasladarse á Nápoles á desvanecer los graves cargos que se le hacian á consecuencia de los tristes sucesos de la quinta. Poco tiempo duró el proceso. Tomada declaracion á los criados acerca del abandono de la casa de orden de su señora; averiguado el farmaceutico que facilitó las drogas para el envenenamiento y los artesanos que trabajaron en poner la sala en disposi-

cion que nadie pudiese salir de ella, convenciéndose el tribunal de que solo el deseo de venganza de la esclava contra sus dueños pasado y presente, habia sido causa de todo; en consecuencia Peñalonga fué absuelto sin pena alguna. Con esto volvió de nuevo á la casa de la Compañia donde reconciliado con la Iglesia consagró su vida á la penitencia y ejercicios piadosos.... Pero no anticipemos los sucesos, que si el lector se resigna á terminar la lectura de nuestra tarea, en el siguiente y último cuadro hallará noticia de la suerte que estaba reservada al arrepentido caballero.

IV.

A las márgenes del Uruguay, en una de las poblaciones de indios llamadas *reducciones*, parte integrante de aquellas *repúblicas cristianas*, admiracion mas de extraños que de propios, fundadas para España con la sangre y trabajo de los jesuitas, se notaba una mañana del año 1737 extraordinaria agitacion y movimiento. Todos los habitantes se hallaban ocupados en recoger sus efectos mas preciosos y cargarlos sobre las acémilas preparadas de antemano: como unos cien jinetes y otros tantos infantes armados para servir de escolta, esperaban la orden de marcha, y los dos padres de la Compañia encargados de la *reduccion* activaban los preparativos. El superior, hombre de muchos años, segun indicaba su lengua y plateada barba, aunque de cuerpo robusto y presencia varonil, sabia por noticias ciertas que los charruas, tribus salvajes las mas indómitas y feroces de América, unidos con los mamelucos, mestizos de portugueses é indios, se disponian á invadir el pueblo entregándolo á saco y llevando cautivos á sus moradores para ser vendidos como esclavos. No teniendo fuerzas disponibles para resistir la embestida, dispuso el jefe de la mision que los neófitos se retirasen al interior, quedándose él solo para tratar con los invasores y ver de salvar el lugar de la destruccion y el incendio, segun habia sucedido otras veces.

Concluidos los preparativos y agrupados hombres y mujeres en la plaza pública se adelantó el sacerdote mas jóven hacia el superior y le dijo:

—Padre, ¿os quedais? Ya sabeis que los bárbaros cuya fiera vais á arrostrar, son enemigos implacables de las misiones y vuestro riesgo de muerte es inminente.

—Sé ante todo que Dios tiene contados los cabellos de nuestra cabeza y no se mueve la hoja en el árbol sin su divina voluntad; cúmplase esta en el cielo y en la tierra.

—Dadnos vuestra bendicion.

Entonces la multitud postrada recibió sollozando la última prueba de amor de su padre espiritual, que hizo descender sobre ella la gracia del Eterno.

Quedóse en pié el anciano sobre los escalones del templo, y cuando hubo desaparecido el último de los viajeros entró en la iglesia, y arrodillado ante el altar abrió su libro de oraciones y se puso á recitar fervorosamente el Oficio de difuntos. Algun tiempo hacia que se hallaba entregado á tan piadoso ejercicio cuando un confuso tumulto de voces y alaridos le indicó la presencia inmediata de los salvajes. Con paso tranquilo y ademan sereno salió á esperarlos á la puerta cuando ya los primeros desembocaban de las calles próximas. Pronto se aumentó su número, y no viendo á nadie mas que aquel hombre de continente grave, á él se dirigieron los que al parecer capitaneaban el tumulto.

—¿Qué quereis, hijos míos? les preguntó el sacerdote, ¿por-

qué os agitaís de esa manera? Si acaso teneis necesidad de lo que poseemos venid á disfrutarlo en nuestra compañía: dejad vuestras ingratas selvas, abandonad esa vida errante y azarosa, pues el día mas feliz para nosotros será aquel en que unidos como un pueblo de hermanos solo tengamos una misma fé y unos mismos bienes para todos.

Palabras semejantes eran las que usaban los misioneros siempre que las tribus salvajes acometían las aldeas puestas á su cuidado, siendo muy frecuente quedar los acometedores formando una sola colonia con los *reducidos*. Por estos medios y otros análogos se conquistó á la civilización el extenso territorio que hoy forma las tres repúblicas de Buenos-Aires, del Paraguay y de Montevideo.

Temiendo un mestizo de los que acaudillaban la turba que las razones del padre pudieran influir en el ánimo de los indios, con acento entre portugués y español se apresuró á interrumpirle diciendo:

—¡Calla, calla! viejo condor, pájaro negro; ya sabemos que tú has sido quien ha hecho marchar á los ruines que te obedecen, con todo cuanto tenían, pero vas á pagar el chasco con el pellejo. Ea, amigos, atad á un poste á este barbudo castellano y desolladle vivo, para que nadie se burle de los charruas. Vereis como nos divierte ya que nos ha quitado una buena ganancia.

Cual rabiosos lobos se abalanzaron los bárbaros al anciano, que en un momento fué despojado de sus vestiduras y sujeto fuertemente á uno de los pilares de la plaza. No faltaron verdugos que comenzasen el martirio y cuando la vista de los canibales se cebó en la carne del santo varon ensangrentada y palpitante levantó éste al cielo su noble frente exclamando con voz firme:

—¡Oh Dios, ten piedad de mí segun tu gran misericordia!

Continuó su plegaria con inalterable serenidad hasta que llegando al vientre el horrible tormento entregó su alma al Criador con estas palabras:

—¡Señor, ten piedad de ellos!

La poblacion ardía por todas partes cuando el sol tocaba á su ocaso; solamente el cuerpo destrozado del mártir y un monton de humeantes ruinas iluminó la luna á su salida donde el día antes existía un pueblo rico, tranquilo y feliz.

Algun tiempo despues estando congregados en la casa central de Asuncion, capital del Paraguay, todos los eclesiásticos que la componian, despues de los rezos de costumbre dijo el superior con acento solemne:

—Entonemos el salmo *De Profundis* por el padre Luis Peñalonga de Barcelona, martirizado en la provincia de Entre-Rios.

DIONISIO CHAULIÉ.

El primer predicador que ha anunciado la gloria de Dios ha sido el firmamento; cuya lengua, inteligible para todos los pueblos, es esplicada en todos los idiomas.

DUGUET.

LA FORTUNA. La primera idea de la admirable fábula el *Roble y la Caña* la hallamos en la siguiente pieceta de verso de Lucilio, poeta griego que vivió en la época de los Antoninos:

«¡Qué no puede la fortuna, á pesar de nuestra esperanza y de nuestros deseos! Eleva á los pequeños y abate á los

grandes. Abatirá tambien tu orgullo y tu fausto, aunque un río te prodigase sus lentejuelas de oro. El viento no destruye nunca el junco ni el musgo, pero derriba los grandes robles y los elevados plátanos.»

EL GRAN HOTEL DE PARIS.

La Europa es la capital del mundo. La Francia es la capital de la Europa. Paris es la capital de la Francia. El Gran Hotel es la capital de Paris. Luego el Gran Hotel es la capital del mundo. Para conocer bien este palacio moderno que es la última espresion de la civilización material y que consuma una revolucion inaudita en nuestras costumbres elevando la comodidad del primero que llega sobre el lujo de los reyes y de los emperadores, hemos viajado por él con la pluma en la mano todo un día entero y vamos á contar á nuestros lectores nuestras sinceras impresiones de viaje. Se inauguró este inmenso edificio el 15 de julio de 1862.

Vamos á recorrerle por etapas.

PRIMERA ETAPA.—*Patio de honor y escalera.—Distribuciones generales.*

El Gran Hotel ocupa sobre ocho mil metros en el centro geométrico de Paris, en un islote triangular, entre el boulevard de Capuchinos y las calles de Mogador, de Rouen y la Opera. Ciento veinte metros tiene de fachada por el boulevard. Ciento treinta por la calle de Rouen. Ciento diez y ocho por la calle de Mogador. Treinta metros de rotunda sobre el ángulo de esta calle y del boulevard. Cuarenta á cincuenta metros sobre la plaza de la Opera. Total: cerca de cuatrocientos metros de fachada con cuatrocientas cuarenta y cuatro ventanas sin contar las del piso bajo y el entresuelo.

El hotel tiene cinco pisos además de las tiendas y almacenes. La fachada sobre el boulevard con sus altas puertas ogivales y sus ventanas al estilo de Luis XV es el tipo reglamentario impuesto á las inmediaciones de la Opera. Una triple arcada introduce en el patio de honor, que tiene veinte y tres metros de costado. Este patio está cubierto con una bóveda de cristal, de manera que el movimiento de los viajeros, de los equipajes y carruajes se hace cubierto. Una rica columnata de orden corintio reina al rededor de los cuatro costados y recuerda los hermosos patios de los palacios de Italia. En el fondo, y mirando al boulevard, una terraza precedida de una escalinata de algunos escalones, conduce á las grandes escaleras que siguen á los pisos superiores y dan entrada á una hermosa galería que sirve de sala de espera y de lectura. Desde allí se pasa al comedor que describiremos en seguida.

Ha costado este edificio veinte y un millones de francos. Púsose la primera piedra el día 15 de abril de 1861 y fué abierto al público el 15 de julio de 1862 al cabo de catorce meses. Comprende setecientos cuartos y sesenta y cinco salones. Muchos cuartos completos tienen su escalera separada y sus patios aparte, en los dos ángulos del boulevard en las mas bellas partes del edificio. Además del salon de espera y del gran comedor, hay en el piso principal dos espaciosos salones, y en el piso bajo tres salas para las comidas por lista, las comidas de corporaciones y fa-

millas, una gran pieza para fumar, un café, una fonda y un despacho de telégrafos, etc. El personal de los criados es de doscientos cincuenta individuos, en su mayor parte alemanes, bachilleres y licenciados que hablan todas las lenguas conocidas. En cada piso hay tres puestos de agentes para servir á cada cuarenta números y comunicándose por tubos acústicos. A cada puerta del salon comun, hay una caja para recibir las reclamaciones y en cada cama, mesa y chimenea, botones que con tocarlos solo producen un continuado eléctrico campanilleo que no se pára sino cuando el mismo criado á quien se llama toca el boton correspondiente. La eterna disculpa de los criados: no he oído llamar, se encuentra así suprimida radicalmente.

Todas las péndolas se arreglan por sí mismas entre sí á medio día y á media noche por un hilo eléctrico introducido debajo del zócalo y detrás del cristal. El hotel tiene dos mil seiscientos mecheros de gas. Viene á consumir solo de gas un valor de cien mil francos, ó sean cerca de veinte mil duros. Este edificio mas que un hotel es una importante ciudad.

Los equipajes no padecen nada al cargarse y llevarse á los cuartos, porque esto se hace por medio de máquinas que de un salto colocaron los equipajes en el cuarto piso, siguiéndolos izados en un sillón sin fatiga y sin inquietud un abuelo inválido, mientras que sus hijos y sus nietos se reunieron con él en sus cuartos subiendo por la escalera grande.

SEGUNDA ETAPA.—El sótano.—La cocina.—Las bodegas.

Son las cinco y media de la tarde, la hora solemne del fuego de cocina, ó mas bien de las cocinas, porque hay tres, cuatro ó no sé cuantas. Cocina de la comida, cocina del té, del chocolate, de los huevos, cocina de la repostería, etc., etc. Aquello es un laberinto como en las bodas del Camacho. Montañas de provisiones, hornos de carbon de piedra, y lo que parece imposible, no se advierte ningun olor, ningun ruido, ninguna confusion. Triunfa allí el mayor orden y la contabilidad formidable está á la puerta de aquel antro. Todo cuanto sale ó entra, todo lo que sale y vuelve, se inscribe y examina como en una factoría de equipajes del camino de hierro. Es imposible un extravío, error ó mala inteligencia.

El cocinero, jefe de aquella fuerza gastronómica es un joven que tiene sueldo de coronel y se llama Balzac como el inmortal autor de *La comedia humana*.

A la cabeza de sus hornillas, de sus pinches, de su ejército de platos y de criados está hermoso como Napoleon en Austerlitz, y de seguro que no tendrá su Waterloo ni su Santa Elena, porque se retirará á los cincuenta años á una casa de campo, fruto de sus economías, y pondrá sobre su tarjeta: *antiguo cocinero del Gran Hotel*. Y será alcalde de su pueblo, consejero provincial y ¡quién sabe si diputado de su distrito!

Los manjares sacados del horno se colocan sobre tablas calientes y se suben y bajan por medio de máquina. Este es el encanto del Gran Hotel. Dan vueltas los asadores por efecto del humo. Los faisanes, las perdices, los filetes, las legumbres, los entremeses, los pasteles, van y vienen á una señal del cocinero. ¡Y qué montones de viandas y de comestibles de todas clases! Solo de servilletas hace lavar Balzac diariamente cuatro mil.

Vamos á las bodegas. La biblioteca imperial no está mejor arreglada y clasificada. Allí se ven en vasares de ladrillo

queriendo escaparse de las botellas cubiertas de polvo y con su etiqueta de porcelana, iluminados con gas, vinos de todas clases del mundo: hay allí un ejército de cuatrocientas mil botellas capaces de alterar las cabezas mas sólidas de Europa. Esta es la bodega de fondo, la bodega permanente.

Inmediata á ella está la bodega del día, que se llena y se vacía cada mañana, y cada tarde muestra renovado cuotidianamente desde el vino ordinario de dos pesetas hasta el exquisito de cinco duros botella, y todas con su fecha y su fé de bautismo auténtica.

Todos los meses se inventaría la una y la otra bodega, y lo mismo todo el hotel, sin lo cual la ruina y el caos reemplazarían á la luz y á la prosperidad que en el reina.

TERCERA ETAPA.—La comida.

Este comedor, el mas grande y mas hermoso de París, es decir, del mundo, ha sido comparado al famoso salon de Hércules en el palacio de Versalles. La comparacion es verdadera. Pero Hércules, puesto que hay Hércules, no es nada con sus doce trabajos al lado de Mr. Arman, el arquitecto del Gran Hotel. Aquí se ha sobrepujado real y verdaderamente á la antigüedad.

Figúrense nuestros lectores una inmensa herradura, hemicíclo mas grande que una sala de teatro, y adornada desde su cúpula de cristal hasta su base, de estuco encarnado, y con cuanto la imaginacion de un sábio arquitecto y un hábil estatuario puede soñar de elegantes fantasías. En lo alto hay una guirnalda de pequeños dioses de la fábula, cual supo inventarlo el paganismo: mas bajo las artes y musas en sus mas graciosas actitudes. Hay arañas de bronce dorado y adornos delicados y dos amores jugando sobre una péndola monumental, un suelo, obra maestra de mosaico, y hay mas todavía, empero el ojo admira todo sin que nada le choque en la feliz armonía que ha sabido realizar allí el arte.

Trescientos convidados se colocan con el mayor desahogo en las mesas de este inmenso, rico y encantador comedor. Allí se saborean los salmones de Ginebra, los faisanes de Bohemia, las pollas y los pavos trufados; allí corren arroyos de Burdeos, de Champagne, de Chipre, y todo esto sin otro ruido que el de las conversaciones, sin que un plato tropiece con otro plato, sin que un vaso choque con otro vaso delante de los ramilletes de plata imitada que representarían millones de plata maciza. La mayoría de las gentes que van á comer son ingleses, rusos, españoles, italianos y alemanes. Lo que mas choca es el orden, la lealtad y la seguridad que hay allí. Sin el menor peligro de que pueda ser explotado el hombre mas ignorante, ó que tenga algun embarazo ó tropiezo ni un niño ni la doncella mas cándida.

Es la vida de familia realizada en un palacio, es la independencia asegurada en medio de la muchedumbre. Y este prodigio se verifica en el grande hotel de Pereire.

CUARTA Y ÚLTIMA ETAPA.—Los dormitorios.

Para completar la esperiencia de nuestro estudio quisimos dormir en un cuarto del piso segundo del Gran Hotel. Al subir notamos el esplendor de las escaleras, de las antenas y corredores en donde las alfombras de poblada lana amortiguan los mas ruidosos pasos. Y tendiéndonos en una cama capaz de hacer dormir al insomnio en per-

sona, pasamos en revista los progresos que ha hecho la comodidad desde la hoja de parra de Adán y su primera noche á la luna á las puertas del Paraíso terrenal.

Los reyes que han sido dueños del mundo con sus palacios, sus ejércitos y sus millones, las favoritas de los reyes con sus palacios, sus criados y sus adoradores, no han tenido jamás la comodidad, ni han estado tan confortablemente alojados como nosotros, pobres diablos, que



Comedor del Gran Hotel de Paris.

sin esfuerzo y sin cuidado alguno y por 20 francos diarios teníamos todas las comodidades y los goces de un rey ó de una reina dotados con algunos millones de renta.

La emperatriz de los franceses le dijo estas palabras

á Mr. Emilio Pereire despues de haber visitado el Grande Hotel.

—Es absolutamente lo mismo que mi casa y me he creído en Compiègne ó en Fontainebleau.

EL PARQUE DE LILIA.



Lilia distribuyendo el grano.

SEGUNDA SERIE.—1865.

AÑO XXIII. 19

Es bien seguro que no hay en el mundo casa de campo tan magnífica, como la de Lilia.

Encierra y contiene dentro de sí multitud de extraños animales que saltan, corren, pian, se agitan y mueven formando la delicia de su encantadora dueña.

¡Qué ruido, que alboroto, cuando se presenta á la puerta del parque, llevando el grano que ha de servir de alimento á sus protegidos! ¡que gritería, que confusion, hasta los árboles y zarzales parecen animarse! pájaros de distintas y variadas especies vuelan á su alrededor; gran número de gallinas se mueven á su piés, y hasta los peces se agitan en el estanque y sacan fuera la cabeza para ver mejor á su protectora, la cual distribuye la comida con una mirada capaz de fascinar á los hombres, no ya á los animales. Empiezan entonces á picotear, á comer y zambullirse, juegan, corren, se muerden, quitanse unos á otros la comida, arman á veces grandes riñas y todo por una corteza de pan seco, que dada por las bellas manos de Lilia, puede compararse seguramente con la ambrosía.

Y mas aun que sus miradas, es armoniosa su voz cuando con dulce acento llama hácia sí á la fiera águila, que desciende desde el trono de Júpiter: las dos palomas de Venns, el sobervio pavo-real, vendrían, yo lo afirmo, si oyeran aunque fuese desde lejos, tan divina voz..... (1).

DE LA NECESIDAD É IMPORTANCIA

de seguir un buen método

REGULAR Y CONSTANTE

EN LOS ESTUDIOS INDISPENSABLES PARA LOS JÓVENES
QUE ASPIRAN A DISTINGUIRSE POR SU ESMERADA
EDUCACION.

(Conclusion.)

Habiendo puesto ya de manifiesto en un primer artículo (2) la utilidad de nuestro método de estudios, aplicado á la historia, la cronología, la geografía y la gramática, vamos á hablar ahora de las bellas letras, que sirven de noble atavío á la espresion de nuestros pensamientos, y dan gracia y finura al trato social. En fin, el estudio de las bellas letras da formas delicadas á nuestras concepciones, y se hermana, en mayor ó menor escala, con las reglas de la mas esquisita urbanidad. Esta idea, que parece á primera vista muy abstracta y una sutileza metafísica, adquiere en el terreno práctico mucho brillo, un hermoso colorido y un poder mágico, que atrae las voluntades y despoja nuestras costumbres de la rudeza propia de los hombres iliteratos.

Una lectura no interrumpida de los buenos y elegantes escritores, bien sean prosistas ó poetas, da á nuestras facultades intelectuales actividad y energía, se infiltra en el espíritu, aclara nuestras ideas confusas y nos facilita la manera de espresarlas, sugiriéndonos casi instintivamente frases y locuciones oportunas para el caso. Madama Necker, madre de la célebre baronesa Staël, y de cuyas cartas

hemos entresacado lo que acabamos de consignar, añade á continuación: «Las personas dotadas de poca memoria no deben bajo ningún concepto abandonar la lectura de los buenos libros, porque el olvido de lo que se ha leído, no puede nunca borrar del espíritu las huellas de las primeras impresiones, que afinan nuestro ingenio y le dan gracia y cortesía.»

Entre la multitud de libros que inundan el órbe, unos inútiles, otros perjudiciales, y en número muy reducido los buenos, existe una obra escrita á principios del siglo pasado en elegantes versos italianos, y que hoy se ha hecho muy rara, titulada *El Joven instruido*. Su autor, que ha conservado el anónimo, hermana con un talento admirable el estudio de las bellas letras con las reglas de la mas esmerada educacion y urbanidad, y constituye un paralelo curioso y sumamente erudito entre las que observaron los pueblos mas civilizados del mundo antiguo, y las que observan hoy las naciones mas cultas de la Europa moderna. El autor pasa revista con ligereza y gracia á todos los actos mas ordinarios de buena educacion, describe el aseo, la esplendidez y el ceremonial de los banquetes de Grecia y Roma, sus teatros, sus grandes diversiones, sus tertulias mas concurridas, el atavío y compostura con que se presentaban en público los ciudadanos, que pertenecian á las gerarquias mas elevadas; y de todo el conjunto de su obra se deduce que el trato social y los adelantos de la amena literatura y de las bellas letras recorren una misma senda, y adquieren coloridos brillantes y seductores á un tiempo.

La tradicion histórico-fabulosa de que los brutos y hasta los seres inanimados, conmovidos por las armonias patéticas y suaves de la lira de Orfeo y por el canto melodioso de sus versos, seguian al vate divino, hijo de Apolo, ¿no es la mas hermosa alegoria de que la amena literatura, y con especialidad los acentos poéticos, dulcifican las costumbres y propagan las ideas civilizadoras? ¿No hemos visto en parte realizada esa misma alegoria en los circos de Price y del Príncipe Alfonso, presenciando los movimientos acompasados de algunos caballos al sonido de instrumentos músicos?

Pero si la poesia, inseparable de la amena literatura, tiene puntos de contacto muy inmediatos con la música, el estudio de las bellas letras conserva en su ámbito mas extensos puntos de relacion muy directos con todas las artes liberales.

El que describa con elegancia y bien cortada pluma la lozanía de los campos al retorno de abril, los jazmines y las rosas, que despiden esencias suaves y embalsaman la atmósfera, los cabritillos que balan y brincan con alegría, los árboles, que estienden sus frondosas ramas engalanadas de verdes brotes, los ganados, que pastan las yerbas frescas, bañadas del nocturno rocío, y que hacen resonar á lo lejos sus esquilonas, las aves, que con sus arpadas lenguas saludan la venida del astro alumbrador del día, ¿no merece el nombre magnífico de pintor de la naturaleza? ¿Puede por ventura representarse en mudo lienzo con mas brio y colorido tanta variedad de objetos? El que nos describa con todos los encantos de una elocuencia voluptuosa las facciones delicadas, el talle esbelto y ligero y la regularidad de todas las formas de una hermosa mujer, ¿no merece ser comparado á un hábil estatuario? ¿No podemos decir que ha convertido su pluma en un pincel digno de Fidias ó del inmortal Canova?

Todo lo que acabamos de consignar nos demuestra hasta la evidencia que las bellas letras y las artes liberales van

(1) Fragmento de una poesia de Goethe.

(2) Véase el número de mayo de este año.